

Jorge Riechmann

POEMA DEL PITICLÍN

La fórmula secreta de la cocacola
queda en poca cosa al lado
del piticlín

pero comencemos desde el principio:
en la isla –con fama
de paradisíaca— de Tenerife
(y no entraremos a valorar esa fama
pero baste decir
que podrían aducirse
importantes argumentos a favor)

empezando de nuevo:
en la muy tinerfeña Tenerife
algunos bares
preparan una especialidad local
muy apreciada entre *connaisseurs*:
el famoso barraquito

(y de nuevo aclaramos
que no será nuestro cometido
elucidar los fundamentos objetivos de esa fama
pero baste igualmente apuntar
que no faltarían pruebas a favor)

Cortado leche y leche
(vale decir natural y condensada)
canela en polvo
licor
y corteza de limón

pero
--ay, esos peros
en la vida espiritual
y gastronómica
de los seres humanos—
sucede que hay *un* bar en la isla de Tenerife

un modesto bar de carretera
--mas no daremos datos
que pudieran contribuir a su identificación:
hay que preservar los santuarios
de la malsana curiosidad del vulgo—
donde a la receta habitual
exotérica
del café barraquito
se añade un ingrediente secreto

Sí, a estas alturas
ustedes lo habrán sospechado:

se trata del piticlín

En ese bar
cuya existencia algunos descreídos ponen en duda
--pero nosotros podemos corroborar
que es real, y llegado el caso
estaríamos en disposición de proporcionar
pruebas tangibles y decisivas—
un camarero
cuya existencia no debería ser puesta en entredicho



si se le pide un barraquito
preguntará:
¿con o sin piticlín?

Y si el viajero o viajera
estremecidos por un indefinible
mas violento cosquilleo interior
se oyen a sí mismos
responder *con*

entonces el viejo camarero
echará mano de una vieja botella de plástico
medio llena de un fascinante líquido glauco
y verterá en la taza humeante
un chorrito de piticlín

Cualquier intento de averiguar
la composición del ingrediente esotérico
chocará con una negativa granítica basáltica
marmórea

La viajera o viajero
paladeará su barraquito con piticlín
como si penetrase
en uno de los misterios últimos del mundo

y volverá después al camino
con ánimo cambiante
dando bandazos entre el entusiasmo y la congoja
entre la exaltación y la melancolía

y cavilará si fue real o soñado
y no podrá desprenderse en adelante
de la obsesión por el piticlín
Muy duras serán las primeras semanas:
ya lejos del tinerfeño alquímico bar de carretera
¿cómo resignarse a pasar

el resto de la vida
sin probar de nuevo el piticlín?

Luego poco a poco
se abre paso una evidencia extraordinaria:
el líquido glauco de la botellita de plástico
¡puede encontrarse en otros lugares!

Anonadado va uno constatando: en realidad
ida nombre a una categoría general!
Aquel trago de barraquito con piticlín
¡ha abierto una ventana hacia dimensiones
que cabe reencontrar!

Y así el viajero o viajera
se encuentran diciendo cosas como:

*lejos de ti
la vida no tendría ni el menor piticlín*

*no pude dejarlo hasta llegar a la última página:
me sobrecogió su piticlín*

*vaya con esa mujer:
qué poderío y cuánto piticlín*

*imposible imaginar una situación más sosa:
no había ni el más mínimo piticlín*

sigue, sigue, me viene el piticlín

Amigos, nada vuelve a ser lo mismo
después de la revelación
del piticlín